

# Los modos del peronismo. Otra mirada sobre la formación de la identidad peronista

Florencia Campo D.\*

## Resumen

La proliferación de estudios historiográficos en torno a los orígenes del peronismo expuso algunos aspectos claves, y otrora desatendidos, a la hora de pensar su irrupción en la vida política de nuestro país. Luego de que un conjunto de interpretaciones cuestionara la obra de Germani (1962/1968), que ubicaba el fenómeno dentro del cauce de nuestro desarrollo histórico, los trabajos extracéntricos llamaron la atención sobre la importancia de relevar su emergencia “al ras del suelo”. En tanto las lecturas de alcance nacional obliteraron las especificidades locales, estos últimos evidenciaron —entre otros aspectos— el carácter heterogéneo y conflictivo de aquellos orígenes. El objetivo de este trabajo consiste en recorrer las miradas que, desde el interior del país, analizan la particular formación de los “peronismos locales” a fin de iluminar nuestra comprensión sobre la articulación de la nueva identidad. Al ubicar su atención sobre la escala local, advirtieron aspectos interesantes en relación con la vida partidaria y su organización, las “segundas líneas” y las prácticas políticas, entre otros. Ello nos ofrece indicios para (re)pensar modos diversos de homogenizar aquel campo solidario que le da forma a toda identidad política.

*Palabras clave:* peronismo, identidad política, homogenización, extracéntricos

## *The ways of Peronism.*

### *Another perspective at the configuration logic the Peronist identity*

## *Abstract*

*The proliferation of historiographic studies about the origins of Peronism exposed*

\* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas - Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios, Universidad Nacional de San Martín - Universidad de Buenos Aires. Correo electrónico: campo.florencia@gmail.com

Artículo recibido: 01/04/2021

Artículo aprobado: 01/06/2021

MIRÍADA. Año 14, N.º 18 (2022), pp. 235-256.

© Universidad del Salvador. Facultad de Ciencias Sociales. Instituto de Investigación en Ciencias Sociales (IDICSO). ISSN: 1851 9431

*some key aspects, once neglected, about its irruption in the political life of our country. After a set of interpretations that questioned Germani's (1962/1968) thesis, which placed the phenomenon within the course of our historical development, the extracentric studies drew attention to the importance of relieving its emergence "at ground level". While the national perspectives obliterated the local specificities, the latter showed — among other aspects — the heterogeneous and conflictive character of those origins. The objective of this work is to explore the views that, from the interior of the country, analyze the particular formation of "local Peronisms" in order to illuminate our understanding of how the new identity articulated. By placing their attention on the local scale, they noticed interesting aspects in relation to party life and its organization, the "second lines" and political practices, among others. This offers us clues to (re)think different ways in which the field of solidarity that gives shape to all political identities can be homogenized.*

*Keywords: Peronism, political identities, homogenization, extracentrics*

Los trabajos sobre el peronismo han dado por sentado, al menos, dos aspectos no menores con relación a dicho fenómeno. Por un lado, asumimos que era posible explicar el peronismo desde una mirada que focalizaba su atención sobre el área metropolitana. Esto implicó dar cuenta de su naturaleza a partir de variables claves, como la formación de un movimiento obrero articulado desde el Estado en un marco de acelerada industrialización. Incluso con algunas críticas con relación al peso de los migrantes internos en el conjunto general de la clase obrera, estas interpretaciones no hicieron lugar al interrogante por el nacimiento de la nueva fuerza política más allá de Buenos Aires. Por otro lado, el segundo aspecto — asociado al primero — fue asumir la formación del peronismo como el producto de la verticalidad y el autoritarismo de su líder. En otras palabras, aquello que denominamos como la reducción de lo múltiple a lo singular. Sin mucho espacio para la duda, la figura y el rol de Perón resultaron, en principio, suficientes para explicar la configuración de un movimiento de masas demagógico y totalitario.

El giro de la sociología a la historiografía, la cual amplió la obturación de su enfoque, abrió un sinnúmero de capítulos sobre la "invención del peronismo en el interior del país" que poco tenían que ver con la historia hasta entonces generalizada. Ampliar el horizonte de posibilidades ofreció nuevos interrogantes para quienes buscaban dar con el "verdadero" peronismo. ¿Había más de "un" peronismo, o serían las dos caras de una misma moneda? ¿Hemos malinterpretado el fenómeno político y social que atrajo la atención de intelectuales nacionales y extranjeros a lo largo de más de

seis décadas? La heterogeneidad intrínseca a los orígenes del peronismo se hizo, así, evidente. El carácter monolítico con el cual se había definido al movimiento que lideraba el coronel más destacado de la Revolución de 1943 mostró sus grietas. Lejos de hacer revisionismo histórico, lo que sostenemos es que —como señala Mackinnon (2002)— aquel parece ser más bien el punto de llegada. Las fuerzas políticas tradicionales, que fueron desestimadas en las lecturas canónicas<sup>1</sup> sobre el tema, resultaron protagonistas esenciales a escala local. Los trabajos extracéntricos mostraron el carácter conflictivo de aquellos primeros años.

Cuestionar premisas arraigadas en las lecturas generalizadas sobre el peronismo supone la relectura de un período heterogéneo poniendo bajo la lupa las categorías mismas de análisis. En este caso, abordamos los orígenes del peronismo y, por lo tanto, reflexionamos en torno a *los modos de constitución de dicha identidad*. Entendemos tal proceso como la fijación parcial de sentidos y significaciones que van configurándose con relación a otras identidades (Barros, 2011). Una identidad política es

un conjunto de prácticas sedimentadas, configuradoras de sentido, que establecen, a través de un mismo proceso de diferenciación externa y homogeneización interna, solidaridades estables capaces de definir, a través de unidades de nominación, orientaciones gregarias de la acción en relación a la definición de asuntos públicos (Aboy Carlés, 2001, p. 54).

En dicho proceso, operan de forma simultánea el establecimiento de lazos solidarios a partir de la constitución de un campo común de representación, y la diferenciación de dicho campo respecto a una alteridad. Un conjunto de voluntades que se agregan y a la vez se distancian de otras conlleva, además, la resignificación y actualización de la propia heredad, esto es, de situaciones, figuras y discursos pretéritos que se evocan en la prosecución de un futuro promisorio común.

Dicha superficie de inscripción puede ser común a otras identidades y tradiciones, lo que abre distintos niveles en la lucha por el sentido. Teniendo presente que, en los orígenes del peronismo, encontramos diversas fuerzas políticas, podemos distinguir, al menos, dos ámbitos de disputa: uno externo, frente a otros discursos que también procuraban imponer su mirada sobre el mundo; y otro interno, dado por la tensión entre las distintas fuerzas políticas que pretendían asignar sentido al peronismo. A lo largo de este

<sup>1</sup> Nos referimos a los trabajos “ortodoxos y heterodoxos” sobre el peronismo. Remitimos a *El hecho maldito: conversaciones para otra historia del peronismo* (Acha y Quiroga, 2012).

trabajo, nos preguntamos por el segundo de estos planos<sup>2</sup>: los modos en que se construyó un entramado significativo que permitiera la institución de un “nosotros” compartido. Establecer lazos solidarios implica un complejo proceso por el cual se instituye un universal que representa, identifica y da unidad a un conjunto de diferencias, que es algo más que la mera suma de las partes. Para Laclau (2005, 2005/2009), la unificación simbólica del grupo ocurre en torno a una individualidad que se convertirá en el nombre de una plenitud inalcanzable. El filósofo argentino asimila, así, la unidad del grupo con el nombre del líder<sup>3</sup>. ¿Cómo opera la fijación parcial de sentido para que aquel universal represente al todo? ¿Existen otros modos posibles de constitución de dicho entramado de significación?

La alianza electoral que llevó a Perón a la primera magistratura del país estaba conformada por el Partido Laborista (en adelante, PL), la Unión Cívica Radical Junta Renovadora (en adelante, UCRJR)<sup>4</sup> y los Centros Cívicos Independientes. El interrogante respecto a cómo se transformaron aquellas fuerzas políticas en “peronistas” resulta equivocado, pues no solo hace recaer sobre la figura de Perón todo el peso articulador — la anulación de lo múltiple en lo singular —, sino que, además, remite a una masa obrera que fue integrada a una identidad definida de antemano. Los trabajos clásicos, ortodoxos y heterodoxos por igual, ofrecen este tipo de interpretaciones; mientras que las miradas a escala local, aunque lo intuyen, no terminan de contrarrestarlas.

Recordemos que la fundación de un espacio identitario no es nunca “ya-homogénea”, sino resultado posible de su devenir (Melo, 2010). Pensar la configuración misma del peronismo implica atender a las múltiples diferencialidades que le dieron forma. ¿Cómo se articularon diversas fuerzas políticas en una nueva identidad? ¿Cuáles fueron las características y particularidades de ese lazo político? ¿Por qué lo heterogéneo solo puede ser una amenaza a la integridad de un campo solidario de representación? Para

<sup>2</sup> El otro de esos planos, esto es, el tipo de lazo político que configuró el antagonismo peronismo-antiperonismo, ha suscitado gran interés para muchos investigadores. De allí que sea extensa lista de trabajos que han abordado el tema en profundidad. Sugerimos, sin carácter de exhaustividad, la lectura de Aboy Carles (2002, 2005), Azzolini (2019), Azzolini y Melo (2011), Barros (2006), Groppo (2009), Melo (2009, 2011), entre otros.

<sup>3</sup> Para mayor detalle, remitimos a *La Razón Populista* (Laclau, 2005), donde el autor desarrolla su teoría del afecto, y al trabajo de Aboy Carlés y Melo (2014), donde los autores problematizan dicho aspecto.

<sup>4</sup> Ambos partidos nacieron tras la crisis de octubre de 1945. El PL fue fundado el 24 de octubre, dando forma al anhelo de algunos sectores sindicales de participar en la esfera política desde una estructura propia e independiente. Por su parte, la UCRJR nació el 29 de dicho mes, más bien como aquel sector del partido que conservaba la auténtica tradición popular del radicalismo.

poder esbozar una respuesta, haremos un breve recorrido por los trabajos más relevantes sobre el tema rastreando indicios de dicha especificidad.

### **Una suerte de arqueología: nuevos surcos bajo la historia del peronismo**

Nuestro conocimiento avanza conforme cuestionamos la realidad que miramos, al tiempo que ponemos a prueba, también, las categorías mismas con las que observamos dicha realidad. El peronismo, en tanto objeto de estudio, no fue la excepción: las interpretaciones en torno al fenómeno fueron transformándose desde la sociología hacia la historiografía, de lo social a lo político, de lo nacional a lo local. Dichos giros, lejos de anular el camino recorrido, lo reinterpretaron.

Hasta hace solo una década atrás, quienes estudiábamos el peronismo focalizamos nuestra atención sobre el área metropolitana recortando una porción de la historia: el particular vínculo entre el líder militar y las masas obreras. Lejos de ser un actor “nuevo” en la escena política *strictu sensu*, el rol particular y preponderante tanto de los dirigentes sindicales como de las bases obreras ameritó la atención recibida<sup>5</sup>. Tanto es así que el famoso “mito de origen” (Plotkin, 2007; Zanatta, 2009) se ubica, precisamente, sobre aquella movilización masiva hacia la plaza de mayo el 17 de octubre de 1945 en reclamo por la liberación de Perón, quien se encontraba retenido por el gobierno de Farrell en la Isla Martín García<sup>6</sup>. Posiblemente esto explique el interés de los primeros trabajos con rigor académico sobre el incipiente movimiento de masas. Lo que debemos distinguir, y bien señala Mackinnon (2002), es la distancia existente entre el apoyo masivo de las bases obreras a Perón, y el complejo vínculo entre este y los dirigentes de las diversas fuerzas políticas que conformaron aquella coalición.

El trabajo pionero de Germani abrió el interminable recorrido por los surcos del peronismo. En *Política y sociedad en una época de transición* (1962/1968), quedan asentadas las bases de su interpretación sobre el nuevo fenómeno político. Interesado en comprender cómo y por qué había surgido el peronismo, Germani explica su emergencia como el modo particu-

<sup>5</sup> El sindicalismo organizado tiene una larga trayectoria en la Argentina. Referimos a los trabajos de Doyon (1977, 1978/2006), James (1990), Little (1973), Matsushita (1983), entre otros. Debemos señalar que, en sus inicios, otros actores relevantes estudiados fueron las Fuerzas Armadas (el Ejército en particular), así como la Iglesia. Nos referimos, por ejemplo, a Caimari (1995, 2002), Potash (1980) y Zanatta (1996).

<sup>6</sup> Para una lectura detallada sobre el 17 de octubre, ver *El 45. Crónicas de un año decisivo*, de Félix Luna (1969). Como bien señala Plotkin (1991), el trabajo de Luna, si bien con escaso rigor científico, fue importante al momento de matizar el carácter patológico del fenómeno y ubicarlo como uno de los posibles resultados en su contexto histórico.

lar<sup>7</sup> en que la sociedad argentina realizó la transición hacia una sociedad moderna. Su hipótesis de trabajo sostiene que la principal base de apoyo social de Perón provino de los “nuevos obreros”, es decir, de aquellos que migraron del campo a los centros urbanos, particularmente del sector obrero manual. El acelerado desarrollo industrial y la consecuente demanda de mayor mano de obra fue cubierta por grandes masas de trabajadores rurales. Estos, “trasladad[o]s de manera rápida a las ciudades, [...] adquirieron significación política sin que al mismo tiempo hallaran los canales institucionales necesarios para integrarse al funcionamiento *normal* de la democracia” (Germani, 1968, p. 308; las cursivas son propias). El apoyo a un líder totalitario solo podía explicarse por razones emotivas e irracionales, sostenidas por la idea —ficticia para Germani— de que efectivamente habían conquistado nuevos derechos y que los estaban ejerciendo<sup>8</sup>. El peronismo sería, entonces, una anomalía del sistema político.

Este primer intento por esbozar una interpretación sobre la naturaleza del novedoso fenómeno político cosechó variadas respuestas. Suscitó, además, debates sobre aspectos que serían recurrentes a lo largo de los trabajos sobre el período. Uno de los más destacados giró en torno al carácter socialmente complejo de la composición del movimiento peronista y la fragilidad de la alianza que lideraba Perón<sup>9</sup>. El primer análisis crítico sobre aquellos orígenes vino de la mano de dos sociólogos argentinos, Murmis y Portantiero, autores de *Estudios sobre los orígenes del peronismo* (1971). Compuesto por dos trabajos complementarios, aquellos privilegiaron para su análisis las determinaciones socioeconómicas y políticas del fenómeno estudiado, reinterpretando las lecturas que sobreestimaban el peso relativo de los migrantes internos frente al sindicalismo “tradicional” y organizado. En otras

<sup>7</sup> Germani (1969) dirá: “Se llegó así a otra paradoja, en la que es fértil la historia del país: un movimiento de tipo fascista desembocó en régimen de indudable carácter totalitario, pero dotado de rasgos muy distintos de su modelo europeo, un tipo de totalitarismo basado sobre el consentimiento del apoyo de la mayoría, que por primera vez en 16 años pudo expresar su voto en elecciones regulares” (p. 309). Ver, además, Germani (1968, p. 320, nota al pie nro. 5).

<sup>8</sup> El autor se refiere al *Ersatz* de participación (Germani, 1968, p. 309). Cabe señalar que, hacia el final de su obra, el autor reconoce que, dado el marco contextual en el que se hallaba la clase obrera hacia 1940, la opción por Perón no puede ser catalogada de “ciega irracionalidad” (Germani, 1968, p. 335).

<sup>9</sup> El trabajo de Germani fue pionero al impulsar los análisis sociológico-electorales sobre el fenómeno no solo en nuestro país. A lo largo de varios números publicados en la revista *Desarrollo Económico*, se suceden un conjunto de artículos relacionados que debaten un artículo de Smith (1972) que cuestiona la hipótesis de Germani sobre los orígenes del peronismo: Germani (1973), Kenworthy (1975) y Halperin Donghi (1975). En esta línea, se debate el peso relativo que Germani otorga al sector de los migrantes internos dentro del conjunto de la clase obrera como actor clave para comprender la emergencia del peronismo, a partir de algunos errores metodológicos hallados.

palabras, pusieron en duda las conclusiones a las que arribaba Germani, lo que abrió paso a un caudal de lecturas que enfatizaron dicha puesta en cuestión. El primero de los trabajos analiza la forma en que la clase dominante se posicionó frente al proyecto industrialista nacional impulsado durante la década de 1930, en un contexto internacional afectado no solo por las particularidades del período de entreguerras, sino agravado, además, por la gran crisis financiera de 1929, que afectó severamente el comercio internacional y las condiciones de intercambio. El peronismo fue, concluyen, resultado de su época, esto es, de la asincronía entre desarrollo económico y participación (Murmis y Portantiero, 1971, p. 127).

Su segundo y más famoso artículo, “El movimiento obrero en los orígenes del peronismo” (Murmis y Portantiero, 1971, pp. 111-190), ofrece una mirada interesante a la hora de revisar supuestos arraigados en la hipótesis principal de Germani (1968). Dispuestos a demostrar la relevancia y el rol —desestimado hasta ese momento— de los “viejos” obreros y del movimiento sindical en la organización de las masas trabajadoras, desmienten la supuesta oposición de aquel sector frente al incipiente peronismo. Fue precisamente la *unidad* de los obreros, en cuanto que “sector sometido a un proceso de acumulación capitalista sin distribución del ingreso, durante el proceso de industrialización bajo control conservador” (Murmis y Portantiero, 1971, p. 132), lo que explica la configuración del movimiento peronista en la Argentina. Fue la integración de los intereses inmediatos del sector de los “nuevos” obreros, junto con los de mediano y largo plazo del sector tradicional, autónomo y con capacidad organizativa propia, lo que posibilitó la configuración de un movimiento nacional-popular como respuesta a la tensión latente señalada. Los “nuevos obreros”, claves en la gesta del 17 de octubre, tenían poco margen de articulación con la elite política. Fue la mediación ejercida por los sindicatos en el interior de la fuerza peronista —en este caso, entre los obreros y la conducción política militar— lo que les permitió conservar, justamente, un mayor margen de autonomía<sup>10</sup>. Así, se tamiza la idea de una masa obrera pasiva y heterónoma. Esta investigación, que se esfuerza por complejizar y describir con mayor detalle las características de un movimiento obrero<sup>11</sup>,

<sup>10</sup> Señalan los autores que fueron los sindicatos la única institución con fuerza y autonomía que sobrevivió luego de que el peronismo fuera desalojado violentamente del poder, e incluso lograra transformarse en la estructura principal del populismo y la vanguardia en los intentos de reconquista del poder (Murmis y Portantiero, 1971, p. 171).

<sup>11</sup> Considerando la posibilidad de caracterizar a la clase obrera como heterogénea, Murmis y Portantiero (1971, pp. 178-179) realizan una interesante clasificación de los grupos en su interior según los “tipos de experiencia industrial” de cada uno, lo que les permite luego discriminar las diferentes formas de participación en la constitución de una alianza nacional-popular como lo fue el peronismo.

les permite arribar a conclusiones que ponen en duda uno de los pilares del análisis ortodoxo: el carácter irracional, emotivo y puramente inmediatista con relación a los reclamos de la clase obrera frente a Perón (Murmis y Portantiero, 1971, p. 179).

Es Juan Carlos Torre y su obra más emblemática, *La vieja guardia sindical y Perón* (1990/2011), un paso ineludible en el derrotero de investigaciones sobre los orígenes del peronismo. En línea con la lectura de Murmis y Portantiero (1971), Torre aborda en detalle la gesta del 17 de octubre y el rol de la dirigencia sindical tradicional allí. En su trabajo, sostiene que el plan original de Perón, esto es, el proyecto de un Estado tutelar que garantizara la institucionalización del conflicto y trabajara por el equilibrio entre las fuerzas en pugna con la colaboración de todos los sectores, fracasa. Sea porque el sector empresarial no percibe la magnitud de la amenaza que —según Perón— representaba el movimiento obrero argentino, o bien porque no ve en aquel al líder capaz de actuar, efectivamente, como garante del orden vigente. Ese mismo plan contemplaba a los partidos políticos tradicionales. La bibliografía del período señala el intento de Perón de acercarse a ciertos sectores del radicalismo, particularmente a Amadeo Sabattini<sup>12</sup>. De acuerdo a esta interpretación, el coronel buscaba algún tipo de acuerdo o alianza con el Partido Radical que le diera la legitimidad popular que el régimen necesitaba para poder encauzar la normalización institucional:

La tentativa de Perón confirma el lugar todavía complementario que asigna al sindicalismo en esta etapa de su carrera hacia el poder. La originalidad de la apertura social anunciada desde la Secretaría de Trabajo está acompañada, aún, de la confianza en la eficacia de lealtades políticas ya probadas en la vida del país (Torre, 2011, p. 106).

Ahora bien, el fracaso de las gestiones con los radicales habría terminado de torcer los planes de Perón. Según este autor, la efectiva puesta en marcha de los cambios en la política social hacia mediados de 1944 fue resultado de la falta de apoyo tanto del sector empresarial, pero, sobre todo, de los sectores políticos populares tradicionales (Torre, 2011, p. 110). Esto explicaría por qué Perón decide conquistar, finalmente, el apoyo de las masas obreras. En ese camino, aquel debió replantear sus vínculos, algo deteriorados, con los dirigentes sindicales. Torre (2011) concluye: “La reducción del margen de opciones políticas en manos del Secretario de Trabajo venía así a entregar al movimiento sindical, en forma oportuna, un nuevo y crucial poder de

<sup>12</sup> Documentos del gobierno militar señalan como estrategia el acercamiento con los partidos políticos entonces vigentes. Luna (1969) y Tcach (2006) refieren expresamente el encuentro entre Perón y Sabattini en el cual este último rechazó cualquier tipo de alianza.

presión” (p. 111). Sin embargo, fue recién con la ofensiva de las clases patronales y la oposición democrática en la movilización de septiembre de 1945 que la vieja guardia sindical se ve forzada “a abandonar las reticencias y a comprometerse con Perón” (Torre, 2011, p. 132). De allí que sostenga que el líder militar habría logrado ascendencia sobre las fuerzas sindicales una vez ganadas las elecciones de 1946, y no antes. Pero Torre (1989) advierte algo más que la maximización del interés propio como lazo de aquella alianza:

Sabemos, sin embargo, que si es el cálculo de utilidades el que preside el acercamiento inicial a Perón, este se resuelve, muy pronto, en una identificación política directa. Para comprender este desarrollo no es preciso salir de la idea de racionalidad. Solo que, en este caso, el criterio de racionalidad es otro, el *reforzamiento de la cohesión y la solidaridad de las masas obreras*. Desde este ángulo la acción política deviene, no un medio para aumentar las ventajas materiales de acuerdo con los intereses preexistentes, sino *un fin en sí mismo*, cual es la consolidación de la identidad política colectiva de los sujetos implicados. La pregunta que se impone inmediatamente es esta: ¿Cuál es el marco en el que la referencia a Perón actúa como un principio de unificación política de los trabajadores? Esto es, ¿cuáles son los mecanismos -distintos de la lógica propia del interés de clase- a través de los cuales opera esta lógica de la representación heterónoma? (Torre, 1989, p. 528; cursivas en el original).

Los interrogantes de Torre son claves para repensar la formación de la identidad peronista, aunque sus respuestas resultan insuficientes. Pues el propósito de este autor consiste en dar cuenta del tipo de inserción de las masas obreras en el peronismo, y ello excluye a los elementos tradicionales presentes en aquel origen. En tanto la identidad peronista sea pensada exclusivamente en función de la particular relación entre Perón y los obreros, y la articulación de un movimiento de masas “desde arriba” (Torre, 1989), la homogeneización del nuevo campo solidario quedará definida por aquel vínculo. No es casual, entonces, que se refieran a la rápida “peronización” de las masas obreras.

Años más tarde, al prologar la obra de Mackinnon *Los años formativos del partido peronista* (2002), Torre (2002) revierte su mirada inicial cuando, al tratar los orígenes del peronismo, sostiene que el líder del movimiento aún no tenía “la densidad ideológica y moral suficiente como para reconvertirlas y hacer de ellas fuerzas nuevas y a la vez homogéneas” (p. 13). Aunque acertadas, las palabras de Torre resultan inexactas. En referencia a la formación del Partido Peronista, dirá:

Esa experiencia fue la que quedó en las sombras por el privilegio otorgado a Perón. Que ese poder y ese discurso nuevos fueron indi-

sociables de la intervención carismática de Perón está fuera de discusión. Que ello resuma toda su trayectoria en el tiempo es, en cambio, más controvertible.

La insistencia excesiva en el papel jugado por el líder carismático impidió valorizar adecuadamente otro hecho importante: que el poder y el discurso nacional popular que éste construyó y desplegó sobre la escena política argentina era tan complejo y diferenciado como lo fueron los otros (Torre, 2002, p. 11).

Aun reconociendo la heterogeneidad de las fuerzas políticas peronistas y la complejidad que significó articular un nuevo discurso nacional-popular, la construcción del lazo solidario recae sobre la figura del líder, diferido hacia 1950 y en un marco interno de conflictividad. Dicha obra de Mackinnon (2002) inauguró, de alguna forma, un nuevo ciclo de estudios sobre el peronismo que más tarde denominaremos “extracétricos”:

El énfasis inicial acerca de la supuesta ruptura y anomalía que representaba el peronismo ha prácticamente desaparecido a favor de la continuidad y de su contextualización en el proceso histórico argentino. La imagen homogénea ha sido reemplazada por un cuadro complejo y heterogéneo [...]. Asimismo, la dimensión nacional, basada en la experiencia de la Capital Federal y sus alrededores, es decir la óptica metropolitana, ha dado lugar a distintas miradas provinciales, regionales y locales. Con cierta exageración, se podría hablar de un desplazamiento de los grandes relatos y los modelos teóricos a los estudios de pequeña escala de la vida cotidiana bajo el peronismo (Rein, 2008, p. 23).

Ciertamente, las variables de análisis planteadas por Germani perdieron fuerza más allá de la Capital Federal y, con ellas, los argumentos que sostenían el relato generalizado con relación a la naturaleza del fenómeno. Los interrogantes, sin embargo, persistieron. Mackinnon (2002) aborda un tema descuidado hasta entonces: la formación del Partido Peronista. Allí, la autora advierte sobre la complejidad del entramado de fuerzas políticas y sus disputas. Tan es así que el principal desafío organizativo para el partido consistió en encontrar una fórmula para contener aquella diversidad social y política:

Creemos que hay una historia a ser reconstruida porque la caracterización del partido peronista durante esos años como sometido férreamente a una conducción verticalista y convertido en una agencia más de la burocracia estatal describe más bien un punto de llegada que podríamos ubicar en torno a 1950 [...]. Por el contrario, nuestra investigación de los materiales de la época demuestra que, luego del

ascenso de Perón al poder en 1946, se desata un proceso muy rico de conflictos de intereses y debate de ideas que se desarrolló tanto en el ámbito político partidario como en el de las instituciones estatales, entre las principales corrientes que formaban la coalición peronista en torno a la organización y dirección del nuevo partido de gobierno. *Esta confrontación creó el marco para una intensa participación política* (Mackinnon, 1995, p. 3; las cursivas son propias)<sup>13</sup>.

Mackinnon (1995) señala un dato inadvertido hasta el momento: la activa participación de todas las fuerzas políticas en la formación del nuevo espacio político. Durante mucho tiempo, se distorsionó un proceso que, al indagar en el interior del país, se mostró más complejo y rico de lo esperado. Ciertamente es que, ante la multiplicación de conflictos entre las heterogéneas fuerzas políticas de la alianza, Perón optó por diluirlas bajo la unificación de una nueva estructura. Sin embargo, y aunque la orden fue técnicamente acatada,

para las fuerzas convocadas, el hecho de aceptar formar parte del espacio del nuevo partido no significaba renunciar a sus reivindicaciones, creencias e ideas políticas. La escasa resistencia a la orden de Perón no implica que se haya producido una mansa y ordenada subordinación a sus directivas de unificación. Por el contrario, la historia de los años formativos del partido está recorrida por el intenso conflicto que se desarrolla entre las dos fuerzas principales, Laboristas y Renovadores (Mackinnon, 1995, p. 9).

Esto es, ser radical y ser peronista no era excluyente. Si esto es así, los modos en que sentidos diversos se articularon en un nuevo campo identitario deben ser repensados<sup>14</sup>. Incluso desde una mirada enfocada en el proceso de formación del peronismo en cuanto partido, es posible advertir que el lugar de Perón allí dentro fue, también, el de la disputa. En otras palabras, Perón se posicionó como el vértice de su organización recién a partir de 1950, y la etapa previa se caracterizó por una participación activa y conflictiva de las diversas fuerzas políticas. De allí que la autora distinga dos “polos organizativos” para dar cuenta de procesos diferenciados de organización de forma diacrónica: un polo democrático y otro carismático, los cuales con

<sup>13</sup> Su artículo de 1995 adelanta algunas de las conclusiones de su trabajo de tesis doctoral, de 2002. Allí se refiere a la idea extensamente aceptada hasta entonces de que el Partido Peronista no había existido como tal (Little, 1973; Luna, 1969), o bien había sido una agencia de la burocracia estatal subordinada a esta (Cavarozzi, 1986).

<sup>14</sup> Sugerimos la lectura de un excelente artículo de Aboy Carlés y Melo (2019) donde los autores exploran la posible articulación de distintas lealtades y su convivencia en el interior de una misma identidad.

su propia operatoria fueron definiendo el tipo de organización intrapartidaria (Mackinnon, 2002).

Con la edición de *La invención del peronismo en el interior del país I y II* (2003, 2013), Macor y Tcach pusieron en juego un conjunto de trabajos que enriquecieron los debates en torno al primer peronismo. La escala local ofreció nuevas perspectivas para pensar aquellos orígenes que dieron cuenta de la heterogeneidad de la nueva fuerza política, los conflictos internos asociados a ello, y vislumbraron modos del peronismo para “darse su propia forma”. Estos modos nos permitirán repensar caminos alternativos a la reducción de las múltiples fuerzas bajo el mando monolítico de Perón.

Unos años antes, Rein (1998, 2009) y Rein y Panella (2013, 2021) exploraban lo que ellos mismos definen como las “segundas líneas” de la dirigencia peronista<sup>15</sup>. Se rompe así con el imaginario que ubica a Perón como el único artífice y controlador de un bloque compacto y uniforme que abarcaba no solo el movimiento, sino, también, el gobierno (Barry, 2009). Rein (1998, 2009) pone de relieve el rol fundamental de otras personalidades dentro del peronismo cuya función de intermediación resultó fundamental en la construcción de la nueva fuerza política. Con relación a aquel imaginario extensamente aceptado, Rein y Panella (2013) sostienen:

Estos estudios han eludido casi por completo la función mediadora de personalidades provenientes de diversos sectores sociales y políticos, cada una de las cuales brindó su aporte a la movilización en apoyo a Perón, a la estructuración de su liderazgo y a la modelación de la doctrina justicialista [...]. De allí que la premisa de que el peronismo constituía un régimen monolítico y sin fisuras es hoy imposible de sostener (p. 7).

Dichos dirigentes provenían tanto de las Fuerzas Armadas, del ámbito político —dirigentes y militantes de distintos partidos que fueron parte del incipiente peronismo—, así como del movimiento obrero, de la burocracia estatal, del mundo académico e, incluso, del mundo empresarial. Al discernir otros actores como partícipes de la construcción tanto del liderazgo de Perón como de la doctrina justicialista, la idea de que su figura fue suficiente para amalgamar al conjunto queda relativizada:

Los integrantes de esta “segunda línea” ofrecieron ideas, experiencias, capacidad de gobierno, vinculaciones con el mundo político, gremial y empresarial, y habilidad para promover apoyos destinados al líder naciente. Estos “hombres detrás del Hombre” eran portadores de prestigio personal —y elementos que daban legitimidad

<sup>15</sup> Referimos también a Panella (2005, 2013).

al movimiento— que tradujeron, con mayor o menor suerte, en una labor que contribuyó sustancialmente al ascenso y consolidación de aquel, como asimismo a la modelación del justicialismo. Es que el papel de estos intermediarios no surgió, como podría suponerse, “a consecuencia” del éxito peronista sino “antes y durante”, es decir contribuyendo decididamente al mismo debido a las funciones que cumplieron. En otras palabras, el éxito hubiera sido imposible de lograr sin estos intermediarios (Rein y Panella, 2013, p. 8).

El historiador israelí va más allá y refiere, incluso, a las “terceras líneas”: aquellos dirigentes que, en el ámbito local, ejercieron un rol de liderazgo, tales como intendentes, concejales, legisladores provinciales, etc. Estos, por su trayectoria individual, su función en la gestión, sus lealtades y su relación con “las fuerzas vivas” locales, fueron también fundamentales al momento de representar al peronismo en el interior del país. Esto es, la construcción del movimiento como tal implicó la participación de otros actores que, junto con Perón, fueron delineando un nuevo espacio solidario. En términos de identidades políticas, el entramado simbólico que fue dando forma a los sentidos del ser peronista muestra otras “voces” allí presentes. Nos queda por comprender los modos mediante los cuales dichas voces constituyeron al peronismo.

Macor y Tsch, en la introducción al segundo tomo de *La invención del peronismo en el interior del país II* (2013), expresan, enfáticamente, el carácter coactivo de la construcción política del peronismo en las provincias. Sin embargo, los autores plantean un interesante dilema:

La problemática mencionada conduce a un tercer aspecto que es crucial en este libro y remite a la construcción del Partido Peronista como un oxímoron: se sueña con un partido de acero y vive alterado por rencillas internas; se imagina provisto de una disciplina inflexible y no pocos de sus documentos y discursos (por ejemplo de los interventores partidarios en las provincias) amenazaban *marcar con hierro candente la traición* a los desobedientes, pero la eliminación de los conflictos endógenos nunca pasó de ser un puerto deseado. No hubo *gulag*, tampoco condenas a un destierro irremediable. Pero sería un gran error pensar que se trató de mera retórica, en otras palabras, de una *retórica carente de efectos de sentido*. Por el contrario, estos efectos de sentido fueron constitutivos de la identidad y las prácticas del peronismo (p. 11; cursivas en el original).

Ello no ocluye instancias reales de coacción y represión selectiva como formas de disciplinar a los díscolos dentro del movimiento. Sin embargo, y como veremos a continuación, existieron otros caminos para lograr la uni-

dad en el movimiento. Como bien señalan los autores, dicha retórica tuvo consecuencias sobre el tipo de prácticas políticas y organizativas internas del peronismo y sobre las representaciones en que ellas se inscribían (Macor y Tcach, 2013). Sostenemos, en el mismo sentido, que el carácter conflictivo y heterogéneo intrínseco al peronismo también tuvo *efectos de sentido* sobre la constitución de la identidad peronista como tal y exigió caminos alternativos a la imposición coactiva de la voluntad de Perón.

Oscar Aelo y Nicolás Quiroga (2006), entre otros, continuaron las investigaciones en torno al Partido Peronista. Superado el debate inicial con relación a la pertinencia de abordarlo en cuanto objeto de estudio, los interrogantes subsiguientes giraron en torno a la forma que adquirió dicha organización, más precisamente, cuánto de la idea formal plasmada en los estatutos, cartas orgánicas y otros documentos partidarios halló correlatividad en la realidad. Focalizados sobre la provincia de Buenos Aires entre 1947 y 1955<sup>16</sup>, analizan las prácticas políticas *concretas* que antecedieron y sucedieron a las “Cartas Orgánicas” sancionadas en 1947 y en 1954:

En ese sentido, nuestro enfoque no propone un intento de evaluación del comportamiento político de los actores en función de lo pautado por las normas del partido, sino más bien una aproximación a *las prácticas concretas de acción política*, en múltiples arenas, *tendientes a legitimar el orden legal interno, pero también a modificarlo* (Aelo y Quiroga, 2006, p. 70; las cursivas son propias).

Como señalamos anteriormente, si bien se crearon instituciones con el objetivo de centralizar y unificar la dispersión de fuerzas políticas en tensión —como lo fueron la Junta Ejecutiva Nacional primero y el Consejo Superior Ejecutivo más tarde—, estas no fueron meros canales de reproducción del lazo directo entre Perón y las masas. La Carta Orgánica de 1947 legitimaba, por ejemplo, los diversos escenarios provinciales y otorgaba amplias facultades a las agencias intermedias. Los autores señalan que, además, ciertas prácticas en torno a cuestiones organizativas del partido fueron recogidas por los estatutos sancionados más tarde: “De este modo, a comienzos de 1948, el formato ‘en papel’ que el partido se daba estaba parcialmente consagrado en la práctica concreta del peronismo bonaerense” (Aelo y Quiroga, 2006, p. 78). Contrario a lo que suelen afirmar los estudios

<sup>16</sup> Señalamos un aspecto no menor: “mientras en Buenos Aires hubo dos elecciones internas (1947 y 1949) y las instituciones del partido como ‘congresos’ y ‘consejos’ determinaron autoridades y candidaturas (no sin que hayan existido cambios ‘excepcionales’ en el organigrama real que tornan más complicado el cotejo de los reglamentos y las prácticas políticas), en otras provincias elecciones internas e instituciones partidarias no fueron más allá del nivel de las unidades básicas (elección de autoridades)” (Quiroga, 2011, p. 282).

sobre el tema, Aelo y Quiroga (2006) sostienen que, incluso hacia 1950, la estructura del movimiento no estaba aún definida. Entre otros aspectos, señalan la imprecisión respecto a cómo definían el peronismo: si “partido”, si “movimiento”, si ninguno o ambos a la vez, y lo atribuyen a la ambigüedad propia de su formación movimientista (p. 92)<sup>17</sup>. ¿Es posible que esa laxitud con relación a cómo clasificar la nueva fuerza política sea parte del sello identitario antes que una debilidad de esta? El Partido Peronista, entonces, estuvo lejos de ser un bloque homogéneo, estructurado sobre un único modelo organizativo. Más aún, los autores señalan allí un aspecto sobre el que indagará Garzón Rogé (2012, 2015, 2017): ¿cómo fue transformándose una organización partidaria inclusiva y participativa en otra restrictiva?

Focalizada sobre la formación del peronismo en la provincia de Mendoza, Garzón Rogé (2012, 2015, 2017) sostiene que fue “*en la experiencia* en donde se gestó un modo de hacer política” (2012, p. 205; las cursivas son propias). La idea de una voluntad primigenia y poderosa que habría “inventado” al peronismo, o bien la de una (re)construcción a partir de mitos y revisionismos carecen, ya, de sustento. La autora muestra cómo el peronismo fue institucionalizándose a partir de prácticas políticas, de pautas de convivencia, de una suerte de código interno que fueron adoptando como legítimo y propio (Garzón Rogé, 2012). Esto nos permite pensar, desde una sociología de las identidades políticas, el proceso mismo de constitución del peronismo en cuanto nueva identidad. Los peronistas y sus modos de hacer política, sin negar la existencia de cierta estructura formal, fueron moldeando a ese conjunto que identificamos como “peronismo”. Dicha trama no fue ambigua por defecto, sino por constitución: “Lo que sucedió durante los primeros años sugiere que lo que se produjo fue un uso del nombre de Perón y del rótulo del peronismo para legitimar las propias prácticas políticas” (Garzón Rogé, 2012, p. 206). Y, conforme a ello, las prácticas políticas fueron dando sentido tanto al nombre como al rótulo, de tal forma que los mismos peronistas asignaban al peronismo determinados significantes y no otros. Balbi (2014) advierte, en la misma línea, los significados asociados al término “partido peronista”. La idea de “peronismo”, antes que remitir al partido, “fue usada para designar algo mucho más amplio, difuso y, para los actores, claramente más importante que las estructuras partidarias formales” (Balbi, 2014, p. 21). La clave de análisis se encuentra en el siguiente interrogante:

<sup>17</sup> Balbi (2014) dirá que todas las aproximaciones sobre el tema han tendido a desestimar la consideración teórica sobre las prácticas políticas de los peronistas por ser catalogadas como prácticas autoritarias, demagógicas y oportunistas, que en última instancia ocultan una mirada normativa por parte de dichos analistas con juicios de valor negativos respecto al peronismo.

¿Cómo es posible que el partido político convulsionado y surcado por innumerables luchas facciosas en sus primeros años de vida se transformara en el partido político disciplinado y centralizado de la primera mitad de los años cincuenta? ¿Puede explicarse esa mutación sólo en virtud de una vocación autoritaria? ¿Fue la voluntad de disciplina de altas esferas decisionales, a través de herramientas institucionales específicas, la que construyó un nuevo formato de organización política? ¿O es acaso que también hay algo de las mismas prácticas políticas y experiencias de los peronistas de carne y hueso, relativamente anónimos, que confluyó en ese proceso de verticalización y centralización? (Garzón Roge, 2012, p. 93).

La autora intenta distinguir cuáles fueron aquellas prácticas políticas y cómo estas confluyeron en un “saber hacer” que condujo a un formato vertical y centralizado de organización partidaria, legitimándolo. Si bien Garzón Rogé (2012, 2015, 2017) refiere en su análisis a las prácticas políticas concretas, esto es, a modos de *hacer*, estas funcionan como indicios para pensar posibles modos de instituir una identidad, esto es, modos de *otorgar sentido*. Por lo tanto, si otra lógica articuladora es posible, entonces la reducción de lo múltiple en lo singular, o bien el modo en que se instituye el lazo equivalencial que articula a un conjunto de diferencialidades pueden ser revisados. En ese sentido, debemos repensar los modos de constitución de solidaridades estables entre diferencias, para entender que la entronización de la figura de Perón fue resultado de una operatoria que lo tiene como participante, aunque no como único protagonista.

## Conclusión

Este trabajo se planteó revisar los modos en que se articularon diversas fuerzas políticas en una nueva identidad, en este caso, la peronista. Para entender las características y particularidades de ese lazo político, y desafiar algunas premisas arraigadas en las miradas clásicas sobre los orígenes del peronismo — como, por ejemplo, su carácter homogéneo y monolítico —, nos interrogamos por caminos alternativos a la tan generalizada “sumisión al Uno”.

Para ello, recorrimos los trabajos que abordan aquellos años formativos, rastreando indicios de otros modos posibles de constituir un campo solidario común. Los trabajos ortodoxos y heterodoxos, aunque con claras diferencias, se han abocado a la observación y análisis de dos actores puntuales — el líder del movimiento, Juan Perón; y los sectores obreros, masas y sindicatos — limitando sus estudios, además, al área metropolitana. Si bien dichos trabajos fueron sumamente útiles como aproximación al fenómeno

político que revolucionó el campo político y social de la Argentina desde mitades del siglo xx, quedaron desatendidos otros actores y realidades que también formaron parte del peronismo. Los trabajos extracéntricos proliferaron tras la obra de Mackinnon (2002) redireccionando la mirada sobre la escala local, y aportaron así nuevos interrogantes. Elementos tradicionales más allá de las Fuerzas Armadas o de la Iglesia Católica se hicieron evidentes en el interior del país, e hicieron de la heterogeneidad y conflictividad de la nueva fuerza política una característica intrínseca.

Superada la idea de que el Partido Peronista había sido “una cáscara vacía”, y, conforme fue abordado en cuanto objeto de estudio, salieron a la luz algunos aspectos que enriquecieron nuestra comprensión del peronismo. Un análisis minucioso demostró la intensa vida partidaria de la cual formaron parte las diversas fuerzas políticas peronistas, y comenzaron a destacarse ciertas figuras que, aun ubicadas “en segunda línea”, habían sido claves para la construcción del liderazgo de Perón, de la doctrina justicialista y del partido. Aquellos trabajos que se adentraron en la experiencia formativa del partido en el ámbito local observaron aspectos novedosos que cuestionan ideas fuertemente arraigadas en nuestra mirada sobre el fenómeno. Los trabajos más recientes sobre la formación del peronismo encontraron que las prácticas políticas *concretas* de los peronistas moldearon, en buena medida, la forma que fue tomando el partido. Así, por ejemplo, los documentos formales —tales como las Cartas Orgánicas o estatutos— reflejaron prácticas políticas de los peronistas que les precedieron, de tal forma que se fue construyendo un tipo de estructura y organización partidaria de la cual fueron directos protagonistas.

Desde nuestra perspectiva analítica, ello es indicio claro de que la articulación de la nueva identidad peronista no fue resultado de una imposición desde arriba. En otras palabras, las fuerzas políticas no fueron “peronizadas”, sino que estas dieron forma al peronismo. Más que ser anuladas bajo la unificación partidaria, fueron partícipes activas de aquella. La hipótesis de trabajo abierta por Aelo y Quiroga (2006) que Garzón Rogé (2012, 2015, 2017) profundiza ofrece indicios en este sentido. Aquel quiebre, marcado ya por Mackinnon (1995, 2002), respecto al pasaje de una estructura participativa, inclusiva y democrática hacia otra carismática, centralizada y verticalista puede ser explicado a partir de las prácticas políticas concretas de los peronistas, de los *modos de ser* que la fueron configurando. Perón fue, allí, una fuerza más en tensión.

¿Por qué no pensar la institución del lazo político a partir de un entramado complejo y diferenciado de sentidos? Cuando señalamos que los propios peronistas hicieron uso de aquel rótulo o invocaron el nombre de Perón para legitimar sus prácticas políticas, ello sugiere la diversidad de

sentidos allí contenidos y las posibles disputas en torno a ellos. La unidad del conjunto, esto es, aquel particular que homogeniza un espacio común de representación, fue significado a partir de los diversos sentidos que los peronistas —Perón incluido— le otorgaron, y no en sentido inverso.

En su artículo, “Polarización y pluralismo en la teoría de la hegemonía de Ernesto Laclau”, Barros (2018) señala un nivel de heterogeneidad desatendido en los trabajos sobre el tema:

En este nivel de heterogeneidad se juega la instancia que define el tipo de unidad que adquirirá una articulación política. En él se juega la relación entre diferencias articuladas y momento articulante y se constituye como el espacio en el que se gestionará el ajuste entre la sobredeterminación hegemónica y el juego plural de las diferencias [...].

Esto supone abandonar la idea de que las fuerzas políticas quedaron simplemente diluidas bajo el manto unanímista del líder. Antes que imponerse una sola voz, fueron *los peronistas* —todos ellos— quienes instituyeron un nuevo lazo de representación. Ello supone una gran oportunidad para repensar formas en las que puede establecerse “la relación horizontal entre una serie de diferencias que se presumen iguales y la brecha vertical que introduce el momento político del ascendente necesario, para lograr el gobierno de dicha serie” (pp. 29 y 35).

La precaria y contingente fijación de sentido nos advierte que “la homogeneización interna nunca se realiza plenamente; ella es una aspiración necesaria en todo espacio de agregación de voluntades, pero, en última instancia, imposible de alcanzar” (Aboy Carlés y Melo, 2019, p. 35). El desafío consiste, justamente y a pesar de ello, en comprender las aristas de aquel complejo proceso.

### Referencias bibliográficas

- Aboy Carlés, G. (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Homo Sapiens.
- Aboy Carlés, G. (2002). Repensando el populismo. *Política y Gestión*, 4, 9-34.
- Aboy Carlés, G. (2005). Populismo y democracia en la Argentina contemporánea. Entre el hegemonismo y la refundación. *Estudios Sociales*, 28, 125-149. <https://bibliotecavirtual.unl.edu.ar/publicaciones/index.php/EstudiosSociales/article/view/2553/3641>
- Aboy Carlés, G., y Melo, J. (2014). La democracia radical y su tesoro perdido. Un itinerario intelectual de Ernesto Laclau. *POSTData*, 19(2), 395-427.
- Aboy Carlés, G., y Melo, J. (2019). Equivalencia, sobredeterminación, política. *Pensamiento al margen. Revista Digital*, 10, 28-41. <https://digitum.um.es/digitum/bitstream/10201/71083/1/Equivalencia-sobredeterminaci%C3%B3n-pol%C3%ADtica.pdf>

- Acha, O., y Quiroga, N. (2012). *El hecho maldito: conversaciones para otra historia del peronismo*. Prohistoria Ediciones.
- Aelo, O., y Quiroga, N. (2006). Modelos en conflicto. El Partido Peronista en la provincia de Buenos Aires 1947-1955. *Estudios Sociales*, 30(1), 69-96. <https://doi.org/10.14409/es.v30i1.2571>
- Azzolini, N. (2019). *Los tiempos de la democracia. Conceptos, identidades y debates políticos durante el primer peronismo (1943-1955)*. EDUVIM.
- Azzolini, N., y Melo, J. (2011). El espejo y la trampa. La intransigencia radical y la emergencia del populismo peronista en la Argentina (1943-1949). *Papeles de Trabajo*, 5(8), 53-71.
- Balbi, F. (2014). "... quiero andar con mucha libertad". Consideraciones en torno de los lugares de las organizaciones partidarias y de la conducción en la praxis política de los peronistas. En J. Melon Pirro y N. Quiroga (Comps.), *El peronismo y sus partidos. Tradiciones y prácticas políticas entre 1946-1976* (pp. 17-53). Prohistoria.
- Barros, S. (2006). Espectralidad e inestabilidad institucional. Acerca de la ruptura populista. *Estudios Sociales*, 30(1), 145-162. <https://doi.org/10.14409/es.v30i1.2574>
- Barros S. (2011). La crisis de la deferencia y el estudio de las identidades políticas en los orígenes del peronismo. *Papeles de Trabajo*, 5(8), 13-34.
- Barros, S. (2018). Polarización y pluralismo en la teoría de la hegemonía de Ernesto Laclau. *Latinoamérica*, 67, 15-38. <https://doi.org/10.22201/cialc.24486914e.2018.67.57079>
- Barry, C. (2009). "¿Pero... sos peronista?" Perspectivas de análisis, abordajes y dificultades en los estudios sobre el primer período peronista. En R. Rein, C. Barry, O. Acha y N. Quiroga (Comps.), *Los estudios sobre el primer peronismo: aproximaciones desde el siglo XXI* (pp. 61-80). Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires.
- Caimari, L. (1995). *Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*. Ariel.
- Caimari, L. (2002). El peronismo y la Iglesia Católica. En J. C. Torre, *Los años peronistas (1943-1955)*. Colección Nueva Historia Argentina (tomo 8, pp. 441-479). Sudamericana.
- Cavarozzi, M. (1986). Peronism and Radicalism: Argentina's Transitions in Perspective. En P. Drake y E. Silva (Comps.), *Elections and Democratization in Latin America 1980-1985* (pp. 143-174). Center for Iberian and Latin American Studies, University of California.
- Doyon, L. (1977). Conflictos obreros durante el régimen peronista (1946-1955). *Desarrollo Económico*, 17(67), 437-473.
- Doyon, L. (1978/2006). *Perón y los trabajadores. Los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955*. Siglo XXI - Editora Iberoamericana.

- Garzón Rogé, M. (2012). Prácticas políticas en la construcción del Partido Peronista. Mendoza, 1946-1948. *Estudios Sociales*, 42(1), 91-118. <https://doi.org/10.14409/es.v42i1.2692>
- Garzón Rogé, M. (2017). Un espécimen peronista. Pruebas de identidad y modos prácticos de ser en el primer peronismo. *Pilquen*, 20(4), 82-95. <http://revele.uncoma.edu.ar/index.php/Sociales/article/view/1792>
- Garzón Rogé, M. (2015). De radicales a peronistas: la producción de una opción política vivida. *Andes*, 26(1). <http://portalderevistas.unsa.edu.ar/ojs/index.php/Andes/article/view/196/183>
- Germani, G. (1962/1968). *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Paidós.
- Germani, G. (1969). *Sociología de la modernización. Estudios teóricos, metodológicos y aplicados a América Latina*. Paidós.
- Germani, G. (1973). El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y los migrantes internos. *Desarrollo Económico*, 13(51), 435-488. <https://doi.org/10.2307/3466131>
- Grosso, A. (2009). *Los dos príncipes: Juan D. Perón y Getulio Vargas. Un estudio comparado del populismo latinoamericano*. Eduvim.
- Halperin Donghi, T. (1975). Algunas observaciones sobre Germani, el surgimiento del peronismo y los migrantes internos. *Desarrollo Económico*, 14(56), 765-781. <https://doi.org/10.2307/3466200>
- James, D. (1990). *Resistencia e Integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976*. Sudamericana.
- Kenworthy, E. (1975). Interpretaciones ortodoxas y revisionistas del apoyo inicial del peronismo. *Desarrollo Económico*, 14(56), 749-763.
- Little, W. (1973). Party and State in Peronist Argentina, 1945-1955. *Hispanic American Historical Review*, 53(4), 644-662. <https://doi.org/10.1215/00182168-53.4.644>
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. (2005/2009). Populismo: ¿qué nos dice el nombre? En F. Panizza (Comp.), *El populismo como espejo de la democracia* (pp. 53-70). Fondo de Cultura Económica.
- Luna, F. (1969). *El 45. Crónica de un año decisivo*. Jorge Álvarez.
- Mackinnon, M. (1995). Sobre los orígenes del Partido Peronista. Notas Introductorias. En W. Ansaldi, A. Pucciarelli y J. Villarruel (Eds.), *Representaciones Inconclusas, las Clases, los Actores y los Discursos de la Memoria, 1912-1946* (pp. 223-253). Biblos.
- Mackinnon, M. (2002). *Los años formativos del partido Peronista (1946-1950)*. Siglo XXI - Instituto Di Tella.
- Macor, D., y Tcach, C. (Eds.) (2003). *La invención del peronismo en el interior del país I*. Universidad Nacional del Litoral.

- Macor, D., y Tcach, C. (Eds.) (2013). *La invención del peronismo en el interior del país II*. Universidad Nacional del Litoral.
- Matsushita, H. (1983). *Movimiento Obrero Argentino 1930-1945*. Ediciones Siglo Veinte.
- Melo, J. (2009). *Fronteras populistas: populismo, federalismo y peronismo entre 1943 y 1955* [tesis de doctorado inédita, Universidad de Buenos Aires].
- Melo, J. (2010). El otro de sí mismo. Notas sobre populismo y heterogeneidad. *Studia Politicae*, (20), 105-119. <http://revistas.bibdigital.uccor.edu.ar/index.php/SP/article/view/532>
- Melo, J. (2011). Hegemonía populista, ¿hay otra? Nota de interpretación sobre populismo y hegemonía en la obra de Ernesto Laclau. *Identidades*, 1(1), 48-69. <https://iidentidadess.files.wordpress.com/2011/03/3-identidades-1-1-2011-melo.pdf>
- Murmis, M., y Portantiero, J. C. (1971). *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Siglo XXI Editores.
- Panella, C. (2005). *El gobierno de Domingo A. Mercante en Buenos Aires (1946-1952). Un caso de peronismo provincial*. Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires y Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires.
- Panella, C. (2013). Domingo A. Mercante. Ascenso y caída del «corazón de Perón». En C. Panella y R. Rein (Comps.), *La segunda línea. Liderazgo peronista 1945-1955* (pp. 215-241). Pueblo Heredero-Eduntref.
- Plotkin, M. B. (1991). Perón y el peronismo un ensayo bibliográfico. *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 2(1), 113-135. <http://eial.tau.ac.il/index.php/eial/article/view/1293>
- Plotkin, M. (2007). *El día que se inventó el peronismo. La construcción del 17 de Octubre*. Sudamericana.
- Potash, R. (1980). *El ejército y la política en la Argentina, 1945-1962. De Perón a Frondizi*. Sudamericana.
- Quiroga, N. (2011). El Partido Político en los estudios sobre el primer peronismo. *Anuario IEHS*, 26, 273-289. <http://anuarioiehs.unicen.edu.ar/Files/2011/05%20DOSSIER%20MELON%20FINAL/Nicol%C3%A1s%20Quiroga.pdf>
- Rein, R. (1998). *Peronismo, populismo y política. Argentina 1943-1955*. Editorial de Belgrano.
- Rein, R. (2008). Los hombres detrás del Hombre: la segunda línea de liderazgo peronista. *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, 10(19), 78-92. <http://institucional.us.es/revistas/Araucaria/A%C3%B1o%2010%20N%C2%BA%2019%202008/Raan%C3%A1n%20Rein.pdf>

- Rein, R. (2009). De los grandes relatos a los estudios de «pequeña escala»: algunas notas acerca de la historiografía del primer peronismo. En R. Rein, C. Barry, O. Acha y N. Quiroga (Comps.), *Los estudios sobre el primer peronismo: aproximaciones desde el siglo XXI* (pp. 19-59). Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires.
- Rein, R., y Panella C. (2013). *La segunda línea. Liderazgo peronista 1945-1955*. Pueblo Heredero - Eduntref.
- Rein, R., y Panella, C. (2021). *Los necesarios. La segunda línea peronista de los años iniciales a los del retorno del líder*. Prohistoria-Cedinpe.
- Smith, P. (1972). The Social Base of Peronism. *Hispanic American Historical Review*, 52(1), 55-73. <https://doi.org/10.1215/00182168-52.1.55>
- Tcach, C. (2006). *Sabattinismo y Peronismo. Partidos Políticos en Córdoba (1943-1955)*. Biblos.
- Torre, J. C. (1989). Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo. *Desarrollo Económico*, 28(112), 525-548. <https://doi.org/10.2307/3467001>
- Torre, J. C. (1990/2011). *La Vieja Guardia Sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*. Sudamericana - Instituto Di Tella.
- Zanatta, L. (1996). *Del estado liberal a la nación católica: Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo, 1930-1943*. Universidad Nacional de Quilmes.
- Zanatta, L. (2009). *Breve historia del peronismo clásico*. Sudamericana.